

DEL HOGAR NACIONAL JUDIO AL ESTADO DE ISRAEL

«Salte de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que yo te indicaré» (*Génesis*, XII-1)¹. Esta es la primera referencia que la Biblia hace de la tierra prometida a Abraham, natural de Ur, en Mesopotamia, y a sus descendientes. Y, prosigue el texto bíblico, Abraham, con su mujer, su sobrino Lot, toda su familia y la hacienda y el ganado que habían adquirido, «salieron para dirigirse a la tierra de Canán, y llegaron a ella. Penetró en ella Abraham hasta el lugar de Siquiem, hasta el encinar de Morch. Entonces estaban los cananeos en aquella tierra» (*Génesis*, XII-5, 6)². Los límites de esa tierra no son precisos «... desde el de Egipto hasta el gran río, el Eufrates» (*Génesis*, XV-18), se dice por una parte, y por otra, «desde el Mar Rojo hasta el mar de Palestina, y desde el desierto hasta el río» (*Exodo*, XXIII-31). Es que, de hecho, nada distingue la Tierra Prometida: Judea, Palestina, Tierra Santa o Israel, que con todos estos nombres se designa la vieja tierra de Canán³ de las demás zonas situadas entre el Mediterráneo y los desiertos de Mesopotamia. Pero Abraham no pretendió siquiera tomar posesión de la tierra prometida, ni tampoco vivió en ella como sedentario. La recorrió con sus rebaños en busca de pastos, y cuando su esposa Sara murió, dijo a los hijos de Jet (una de las tribus de Canán): «Soy entre vosotros extranjero y huésped. Dadme en propiedad una sepultura donde pueda sepultar a mi

¹ *Sagrada Biblia* (Nácar-Colunga), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1951.

² Los cananeos pertenecían a tribus semíticas oriundas del Golfo Pérsico. Emigraron hacia la costa mediterránea. Unos se establecieron en el interior y se dedicaron a la agricultura; otros, en la costa, dando origen al pueblo fenicio.

³ Uno de los argumentos aducidos por los árabes para demostrar que sus derechos sobre Palestina eran anteriores a los derechos de los judíos, fue que los cananeos eran árabes.

muerta» (*Génesis*, XXIII-4). Así lo hicieron los hijos de Jet, y la sepultura de Sara, que más tarde fue también la de Abraham, aparece como el primer paso dado por judíos en el camino de la posesión, siempre un tanto episódica y amenazada, de aquella tierra que Jacob, nieto del patriarca, abandonó para trasladarse a Egipto. El acceso al poder de José, hijo de Jacob, que llegó a ser ministro del Faraón, evidencia que la primera etapa de la instalación en suelo egipcio fue favorable y feliz para los judíos, que «habían crecido y se habían multiplicado, llegando a ser muchos en número y muy poderosos, y llenaban aquella tierra» (*Exodo*, I-7). La presencia de esta nutrida comunidad, estrechamente unida por el vínculo religioso, que actuaba a modo de colonizador pacífico, provocó la reacción defensiva de los egipcios. La instalación voluntaria de los judíos se convirtió en «cruel servidumbre», tanto más penosa para ellos cuanto que las medidas drásticas adoptadas por los egipcios tendían a ponerlos al servicio de una expansión de Egipto, fomentada por el espíritu nacional de la dinastía del Sur, que liberó al país de los hicsos que habían conquistado el Delta ⁴. Finalmente, conducidos por Moisés, los judíos salieron de Egipto, y durante cuarenta años erraron a través del desierto por no tener tierra propia y sólo la promesa de tenerla. La acción bélica contra Canán se acometió por el Este, ya que «para ocupar la tierra prometida hubo que expulsar a jeveos, cananeos y jeteos» (*Exodo*, XXIII-28). La suerte de las armas permitió a los hijos de Israel, mandados por Josué, ocupar «ciudades grandes y hermosas que tú no has edificado, casas llenas de toda suerte de bienes que tú no has llenado, cisternas que tú no has excavado, viñas y olivares que tú no has plantado» (*Deuteronomio*, VI-10,11).

Desde la muerte de Josué hasta la proclamación de Saúl como primer rey hebreo (segunda mitad del siglo XI a. C.), el relato bíblico rezuma del incesante ruido de las luchas que el pueblo judío sostuvo para defender la conquistada tierra de Canán de los ataques de los «idólatras», que la cercaban. Las acometidas de los vecinos incitaron a las tribus de Israel a constituir una unidad política bajo la dirección de caudillos—los reyes hebreos—, para asegurar no sólo la siempre amenazada posesión del territorio, sino también para extender la autoridad judía sobre los pueblos limítrofes, singularmente

⁴ «Pusieron sobre ellos capataces que los oprimiesen con onerosos trabajos en la edificación de Pitom y Ramesés, ciudades almacenes del Faraón... Sometieron los egipcios a los hijos de Israel a cruel servidumbre, haciéndoles amarga la vida con rudos trabajos de mortero, de ladrillos y del campo, obligándolos cruelmente a hacer cuanto les exigían» (*Exodo* 1, 12 y 14).

los amonitas de Jordania y los filisteos del Norte, hasta formar la nación más próspera del sur de Siria en tiempos de David y de su hijo Salomón (siglo X, antes de Cristo), aunque esta nación estuviera siempre en equilibrio entre los dos grandes imperios rivales, el egipcio y el mesopotámico, y sufriera el peso interior de grupos amonitas, cananeos, filisteos, sulamitas y madianitas que convivían, o coexistían, con las tribus judías⁵. Dividido el país en dos reinos a la muerte de Salomón, Samaria fue vencida en el año 721, antes de Cristo, por los asirios. Sus moradores fueron llevados a cautiverio, mientras los antiguos moradores repoblaban el territorio. A su vez, la capital de Israel, Jerusalén, cayó en poder de los caldeos y los judíos, llevados a Babilonia por Nabucodonosor, «fuera de algunos pobres que dejó como viñadores y labradores» (*III Reyes*, XXV-12). Vencido el imperio de Babilonia por los persas, unos cincuenta años después de la conquista de Jerusalén, Ciro II permitió, por decreto, que cierto número de judíos regresara a su antigua capital para reedificar el templo destruido. La medida sólo preveía la instalación de los judíos en Jerusalén y en sus próximos alrededores, creándose así una especie de remoto anticipo del Hogar Nacional judío⁶. Bajo la dirección de Esdrás y Nehemías, cuarenta y dos mil trescientos sesenta judíos (*Esdrás*, II-64, 65) se trasladaron a Jerusalén. No representaban sino una minoría frente al crecido número de judíos dispersos por las naciones idólatras y singularmente en Babilonia, donde el cautiverio, mejor dicho el destierro, no impidió que muchos gozaran de tan elevada situación social⁷ y tan grandes medios económicos que pudieron ayudar con largueza a los inmigrantes aplicados a reconstruir el templo, reparar los muros de la ciudad y expulsar a las mujeres «extranjeras» con las que se habían desposado los judíos que permanecieron en Jerusalén⁸.

Desde el regreso de Babilonia de parte de los desterrados hasta finales del siglo II, antes de Cristo, Judea tuvo una vida más bien oscura y pacífica

⁵ RODOLFO CIL BENUMEYA: *Panorama del mundo árabe*, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1952.

⁶ NEVILL BARBOUR: *Nisi Dominus*, George G. Harrap and C.º, Londres, 1946. "El territorio asignado a los judíos tenía una muy limitada superficie. Era más reducido que el antiguo reino de Judea, el cual comprendía una superficie escasamente superior a la propuesta por la Real Comisión de Palestina... Después del exilio (de Babilonia), la superficie territorial concedida a los judíos era seguramente menor."

⁷ Baste recordar los altos honores concedidos por el rey Asuero a Mardoqueo, tío de Esther, su esposa. *Sagrada Biblia*. Libro de Esther.

⁸ Véase *Sagrada Biblia*. Libro de Esdras.

—tal vez oscura por pacífica—. La gobernaba un Senado, presidido por el Sumo Sacerdote. Considerado en sí, ese diminuto territorio como Gobierno teocrático, que estaba en la órbita persa, carecía de importancia en el confuso tablero político de esa área turbulenta. No obstante, a través de sus dispersas comunidades, unidas a Jerusalén por el cordón umbilical de la creencia común y de la promesa mesiánica, tenía una proyección en toda la cuenca oriental del Mediterráneo.

Vencido el imperio persa por Alejandro el Magno, Israel pasa a formar parte del dominio de este conquistador. Muerto el macedonio y desgajado su imperio entre el reino de los Seléucidas del Norte y los Tolomeos de Egipto, Israel se convierte en palenque de los dos rivales, pasando alternativamente bajo la tutela de uno o de otro⁹. Paulatinamente, el fervor religioso se apagaba, y durante una etapa de dominación de los seléucidas, la pretensión del Gobierno de Antioquía de helenizar al país provocó la reacción violenta, inicialmente religiosa y más tarde nacionalista, de quienes se mantenían fieles a la ley y a salvo de las contaminaciones paganas. Esta rebelión iniciada por Matatías (175 a. C.) la prosiguió su hijo Judas Macabeo, que a punta de espada consiguió fundar en Judea un pequeño reino, cuya independencia hubo de ser constantemente defendida. Sus continuadores y hermanos, Jonatán y Simón, mediante conquistas logradas por las armas, ensancharon el menugado territorio de un reino que, en vida de Judas Macabeo, había establecido con Roma lo que actualmente llamamos relaciones diplomáticas y un tratado de amistad y alianza, que se mantuvo durante toda la dinastía asmonea. Pero Roma no aseguró la efímera independencia de Judea. Aunque reconocida por las demás naciones, no resistió a las sacudidas de las discordias intestinas promovidas por los sucesores de Simón, asesinado por su yerno. En el año 63, antes de Cristo, dada la intervención romana en los asuntos internos, Judea más que un Estado nacional independiente es un semiprotectorado. Finalmente, el apoyo prestado por Roma al idumeo Herodes el Grande para instaurar en Jerusalén la dinastía herodiana, bajo la alta soberanía romana (37 a. C.), hace que Judea fuera un mero protectorado cuando Cristo nació. La supeditación a Roma se incrementa al morir Herodes el Grande con la división del territorio en Judea y Samaria, regidas por un procurador romano, en Traconitida, gobernada por Filipo, y en Galilea y Perea, donde ostenta el título de tetrarca Herodes Antipas.

⁹ THADÉE ZIELINSKI: *Historia de la civilización antigua*, Aguilar, Madrid, 1950.

Ya desde tiempos de Herodes el Grande, el número de judíos establecidos en tierras de gentiles rebasa notablemente el de residentes en Judea, que aparece como una casa solariega llena de hondos recuerdos y entrañables tradiciones religiosas, que unen, por encima de las circunstancias de lugar y de actividad, a todos los judíos que pueblan la cuenca mediterránea. El relato de Pentecostés, tal como figura en los *Hechos de los Apóstoles*, evidencia que la dispersión de los judíos a través del mundo antiguo era anterior a la caída de Jerusalén, en el año 70, después de Cristo, y a la destrucción del templo, que dio lugar a la llamada Diáspora¹⁰. Por otra parte, los viajes de los Apóstoles, y los de San Pablo en particular, permiten percatarse de la proyección exterior que tenía el pequeño Israel mediatizado en el mundo antiguo, un mundo en que las comunidades judías se insertaban, se desarrollaban y prosperaban, asimilándose en cierto modo a los naturales de cada región cuya lengua adoptaban, con olvido de la de sus antepasados, pero sin fundirse con los pueblos entre los que vivían como «extranjeros y huéspedes», protegidos de generación en generación por una ley que los unía frente al resto de la Humanidad. Es decir, que hasta que Teodoro Herzl formulara el sionismo político, a base de esquemas conceptuales propios del mundo occidental, lo religioso, y no lo nacional, fue el factor que aglutinó a los judíos dispersos en una ideal unidad. Sin embargo, cabe decir que el nacionalismo judío existió en tiempos, pero no como una consecuencia del hecho de pertenecer a determinado pueblo, sino por el de residir en determinada tierra, Judea, dominada por el extranjero pagano. Tal prueban las diversas sediciones que se produjeron en Palestina contra Roma para recobrar la perdida independencia, sediciones locales y populares que no repercutían en las comunidades establecidas en el Imperio romano. Por lo demás, bien sabido es que fue una sedición de los judíos de Palestina la que originó la dura represión romana y la destrucción del templo, iniciándose entonces la Diáspora, que diseminó

¹⁰ “Cuando llegó el día de Pentecostés... aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas extrañas... Residían en Jerusalén judíos, varones piadosos, de cuantas naciones hay bajo el cielo... Estupefactos de admiración, decían: “Todos éstos que hablan, ¿no son galileos? Pues ¿cómo nosotros los oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, los que habitan Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las partes de Libia que están contra Cirene; y los forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes los oímos hablar en nuestras propias lenguas...” *Sagrada Biblia, hechos de los Apóstoles* (2-1, 6).

a gran parte del aplastado pueblo. Mas la Diáspora no dejó a Palestina tan vacía de judíos que Bar Kochba no pudiera acaudillar huestes en el año 135, después de Cristo, para una nueva y última rebelión contra Roma. Entonces la deportación fue casi absoluta y, como en tiempos de Babilonia, sólo quedaron en el suelo natal «algunos pobres... viñadores y labradores».

Desconectadas de la tierra prometida, de Sión, cuyo templo sólo era un montón de ruinas, diezmadas y siempre renacientes, ora miserables, ora prósperas ora protegidas, ora perseguidas, establecidas en las más diversas naciones, resistiendo las más crueles vicisitudes y las más furiosas tormentas de la Historia, las comunidades judías atravesaron el caos del derrumbamiento del Imperio romano, las invasiones, la Edad Media, los tiempos modernos, y arribaron hasta nuestros días sin perder ese carácter de pueblo «extranjero y huésped» que Abraham señaló a los cananeos, en cuyas tierras pastaban sus rebaños.

* * *

Si antes de abordar el tema del lento, sinuoso e ininterrumpido proceso que desembocó en la proclamación del Estado de Israel, el 14 de mayo de 1948, nos hemos detenido a presentar un compendiadísimo resumen de los conocidos hechos protagonizados por los judíos, no ha sido por mero afán historicista. Nuestro propósito ha sido el intento de que aparezcan las constantes históricas relativas a los hijos de Israel. Estas se desdibujan en la masa de acontecimientos recogidos en los textos bíblicos, donde paralelamente a la historia humana de ese pueblo discurre la historia del misterio de la Redención de todos los hombres por el Mesías, empequeñecido en la interpretación judía hasta convertirlo en caudillo de un solo pueblo, al que daría el poder de dominar a todas las naciones de la tierra.

De ese harto incompleto y modesto esbozo cabe deducir, en primer término, que la libre instalación en una nación extranjera de los judíos suscita la creación de un poder invisible, pero real, y acaso peligroso, que gravita sobre las estructuras del Estado legal, lo cual entraña tensiones que, con frecuencia, han degenerado en reacciones defensivas, que pueden calificarse de rechazo del injerto. El Egipto de la antigüedad encabeza una lista de países—España no fue una excepción a este respecto—donde, por imperativos de política nacional, los gobernantes adoptaron medidas justificadas desde ese estricto punto de vista, si bien humana y cristianamente monstruosas. Asimismo se

evidencia que la conquista armada de un territorio tradicionalmente habitado, y cuyo desarrollo estaba a la medida del desarrollo en aquellas remotas épocas, inicia la etapa de vinculación a un suelo del nómada pueblo de Israel. El texto bíblico está muy claro en este punto. Se impone también que la existencia de Judea o Israel como nación independiente, realmente independiente y soberana, es sólo un hecho episódico, por no decir efímero, en el conjunto de los siglos. La situación geográfica de ese país lo convertía en paso obligado para las invasiones del Norte hacia el Sur y viceversa, cuando no en teatro de operaciones de imperios rivales. Posteriormente, y desde el predominio de Roma, ese territorio pasó a formar parte de la plataforma comercial entre el Mediterráneo y el Mar Rojo. En la actualidad, con el puerto de Haifa en el Mediterráneo y el de Eilat en el golfo de Akaba, Israel es un puente entre el Occidente y Oriente y la garantía para el mundo occidental de un permanente suministro de petróleo al margen del Canal de Suez¹¹, lo cual es uno de los factores que motiva las posturas contrapuestas adoptadas actualmente por los dos «grandes» respecto a ese país. Seguidamente puede afirmarse que la dispersión de los judíos o Diáspora no es la consecuencia de la derrota infligida por Roma a un pequeño país independiente. En todos los tiempos se dio en los hijos de Israel una tendencia a enjambrar, que se acentuó durante el Imperio romano, al socaire de la paz reinante en la cuenca mediterránea. Así como la comunidad que permaneció en Babilonia financió la reconstrucción del templo, posteriormente enriquecido con donativos de los residentes entre los gentiles, los financieros judíos establecidos en el mundo occidental de nuestros días—en particular en los Estados Unidos—son los puntales de Israel, donde a falta de templo, el esfuerzo se centra en la economía. De otra parte, la combatividad y la capacidad militar judía no son características del ciudadano del moderno Israel ni de los generales Jacobo Dorri y Moshe Dayan. Son rasgos tradicionales, multiseculares. La parte puramente histórica de la Biblia está dominada por detallados relatos de batallas y exposiciones de la estrategia y la táctica empleadas contra los vecinos que sin cesar luchan con los hijos de Israel.

Entre tales vecinos hay que destacar a los árabes, también mencionados con los nombres de sulamitas, madianitas, edomitas e idumeos, presentes en la Biblia desde Isac, común antecesor directo de los pueblos judío y árabe,

¹¹ LUIS CARANDELL: *Oriente Medio tiene la palabra*, José Janés, Barcelona, 1957.

que proceden de los hermanos mellizos Esaú y Jacob¹². Estando Rebeca encinta, dijo Yavé: «Dos pueblos llevas en tu seno. Dos pueblos que al salir de tus entrañas se separarán. Una nación prevalecerá sobre la otra. Y el mayor servirá al menor» (*Génesis*, III parte, 23). Esta breve cita fija lapidariamente la relación histórica existente entre los hermanos enemigos, de los cuales Esaú era el mayor y el preferido de su padre. ¿Quién no recuerda el plato de lentejas por el que éste cedió su primogenitura?¹³. Perdida la primogenitura, le quedaba a Esaú la bendición paterna. Es de muy ardua comprensión para una conciencia recta el episodio bíblico, en el que, aprovechando la ceguera del anciano Isac, Jacob suplanta a Esaú para que su padre lo bendiga, pero es de fundamental importancia recordarlo para penetrar en la hondura del problema árabe-israelí.

* * *

En las obras maestras del teatro, el drama no se plantea al levantarse el telón. Se gesta gradualmente hasta que las acciones directas e indirectas de los personajes y la fatalidad de las circunstancias han contribuido a crearlo. Algo semejante ha sucedido con el problema árabe-israelí, que por tantos conceptos puede calificarse de drama.

Entre las muchas y diversas causas que contribuyeron a que se planteara, exista y subsista tal problema, hay que señalar, por orden cronológico, primero, la influencia adquirida por los judíos en Inglaterra. Inglaterra, que fue la primer nación cristiana que expulsó a los hijos de Israel (1290)¹⁴, volvió a abrirles sus puertas en 1665, por decisión del puritano Cromwell. La pequeña comunidad inicial se desarrolló y prosperó rápidamente, favorecida por la expansión comercial y colonial británica, y a principios del siglo XIX, los

¹² La Biblia también hace referencia a los descendientes de Ismael, hijo de Abraham y de la esclava Agar, que poblaron el desierto desde Siria hasta el Mar Rojo.

¹³ "Por favor, dame de comer de ese guiso rojo, que estoy desfallecido..." Contestóle Jacob: "Véndeme ahora mismo tu primogenitura" (*Génesis*, III parte, 30). Las circunstancias de la cesión y las palabras empleadas por cada uno de los hermanos pinta con gran finura no sólo el carácter de Esaú y Jacob, sino que también señala rasgos muy típicos de los hijos de Israel: el agudo sentido comercial y del momento oportuno para el logro del objetivo perseguido.

¹⁴ Dos siglos antes que España, en 1309, Felipe IV el Hermoso también expulsó a los judíos de Francia. Este rey asimismo la emprendió contra los misteriosos Templarios, que, al parecer, estaban muy impuestos en la cábala, merced a sus contactos con los judíos.

financieros y comerciantes judíos, singularmente la familia Rothschild, desempeñaban un papel destacado en el mundo económico de Gran Bretaña. Por lo demás, en 1847, el barón Rothschild empezó a figurar en los Comunes como representante de la City, y poco después se concedió a los judíos el derecho a nacionalizarse, lo cual fomentó su ya nada despreciable participación en diversas actividades de la vida nacional. Entre los judíos preminentes, a quienes la Gran Bretaña de la era victoriana debió mucho, destaca Sir Benjamin Disraeli o Lord Beaconsfield, nombrado primer ministro en 1874, en su calidad de jefe del Partido Conservador, que consiguió Chipre, la supremacía británica en la Compañía del Canal de Suez y, verdadera encarnación del imperialismo británico, proclamó a la reina Victoria emperatriz de la India. Brillantemente abierto por Disraeli el camino del poder, muchos fueron los judíos que a principios del siglo XX figuran en los gabinetes británicos. Incluso un judío ostentó el virreinato de la India. Esta posición privilegiada de los judíos atrajo un alud de emigrantes procedentes en particular de Rusia y de los territorios por ella dominados. El Gobierno británico estimó la conveniencia de limitar la inmigración, que entonces puso rumbo a los Estados Unidos, donde ya florecía una comunidad judía que gozaba de gran influencia e iniciaba la fundación del imperio económico, que actualmente ostenta el judaísmo norteamericano.

Paralelamente a lo que acaecía en los países anglosajones, desde la revolución de 1789 los judíos venían adquiriendo en Francia un creciente lugar en el ámbito de los negocios, la política, el arte e incluso el ejército, merced en particular a las disposiciones legales en favor de la nacionalización. Las comunidades reducidas en número y de escasa, por no decir nula, influencia bajo el antiguo régimen, se multiplican, crecen con las inmigraciones y se diseminan por todo el territorio francés. Esa inserción en la vida nacional provoca recelos y hasta cierta agresividad por parte de los sectores nacionalistas, y cuando en 1894 estalló la tenebrosa *affaire* Dreyfus, éstos se agruparon en la Liga de la Patria Francesa, opuesta a la Liga de los Derechos del Hombre, que apoyaba a ese oficial, cuya traición aparece más dudosa con el retroceso del tiempo. El asunto traspasó las fronteras francesas, y con motivo del proceso, el periodista y judío húngaro Teodoro Herzl se trasladó a París. El proceso Dreyfus le hizo tomar conciencia de su condición de judío, históricamente y en todo lugar señalado, muchas veces vejado, humillado y perseguido. Entonces surgió en él, fulminante, arrolladora, la idea y la voluntad de que los hijos de Israel tuvieran un territorio donde fueran soberanos

y pudieran crear un Estado nacional, pero de primera intención no pensó en Palestina. La postura era lógica. Herzl no se inspiraba en motivaciones religiosas, sino en postulados nacionalistas, en el hecho incongruente de que una *nación*, la judía, se viera privada de un territorio nacional al que tenía derecho en cuanto a nación. Se aprestó a reclamar uno.

Sin embargo, Herzl no tardó en modificar aquella postura inicial. En ello influyó el hecho de que no era el primero en preocuparse del extraño fenómeno de un pueblo diseminado a la rosa de los vientos desde hacía siglos y que seguía existiendo como tal, pese a la larga convivencia con otros pueblos. Independientemente de iniciativas sueltas y chiquitas—sobre todo inglesas y francesas—, que se registraron en el siglo XIX, hay que señalar la acción más positiva de los judíos rusos. Conocido el viejo afán de Rusia por asomarse al mar Mediterráneo, taponado por los turcos que dominaban en Palestina, el Gobierno ruso no puso trabas a los planes destinados a ayudar no sólo a los judíos residentes en ese territorio, sino también a provocar una emigración desde Rusia. Se esperaba atraer así a la órbita política rusa un núcleo judío afincado en Palestina¹⁵. Con vistas al retorno a la tierra de los antepasados, se fundaron diversas sociedades, entre las que procede destacar la B. I. L. U. (1882), que decía en sus estatutos: «Queremos un Hogar en nuestro país», propósito que tendía a la creación de un centro judío independiente, si bien, al principio, se limitó a fundar colonias agrícolas. En tal Hogar, naturalmente, se podría usar el hebreo, como ya lo había preconizado el también judío ruso Ben Yehuda, que reclamaba sin rodeos el retorno de sus correligionarios a la vieja Tierra Prometida. Sin embargo, el Sionismo—expresión nacionalista del judaísmo al margen de todo fundamento religioso—, que sólo estaba latente, toma forma, consistencia y coherencia debido al dinámico Herzl, que rápidamente sitúa en el mapa el lugar donde ha de erigirse el Estado con que sueña: Palestina. Por ello en el primer Congreso sionista, celebrado en Basilea en 1897, se acordó «establecer para el pueblo judío un Hogar en Palestina, garantizado por el derecho internacional».

Seguidamente, decidido a poner en marcha su grandioso proyecto, Herzl buscó el apoyo de los financieros judíos, que se mostraron reservados, en tanto que los judíos religiosos se opusieron violentamente a sus ideas, por estimar que no eran ortodoxas. Estas dificultades iniciales, suscitadas por los

¹⁵ De otra parte, el movimiento en favor de los judíos se había desarrollado notablemente durante el reinado del Zar liberal Alejandro II (1818-1881).

mismos judíos, no arredraron a Herzl que emprende la búsqueda de apoyos políticos. Entra en tratos con el sultán Abdul Hamid, pero no logra convencerlo de las ventajas que se derivarían de un retorno masivo de judíos a Palestina. No fueron más felices sus gestiones con Guillermo II, al que propuso la germanización de ese territorio a través de los judíos. Fracasada esta nueva gestión, Herzl la emprendió con Gran Bretaña en 1902, dando el rodeo de pretender la colonización por los judíos de Chipre o de Al Harisch, en Egipto. Sin embargo, poco antes de su muerte, acaecida en 1904, Teodoro Herzl opinaba que «Palestina es el único país donde nuestro pueblo puede hallar la paz»¹⁶. De ahí que el Sionismo rechazara los ofrecimientos de instalación de los judíos en Kenya o en Cirenáica hechos por Gran Bretaña, pero sin poner las cartas boca arriba. Sólo en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el Sionismo reveló que su verdadero objetivo era la creación de un Estado judío. Hasta tanto, oficialmente no se trató más que de «un Hogar en la tierra de los antepasados», mientras discreta y activamente se ocupaba el Sionismo de organizar a los dispersos hijos de Israel, de recabar ingentes fondos y de perfeccionar los instrumentos de una futura colonización a gran escala¹⁷. Los 90.000 judíos residentes en Palestina en 1911 (población total, unos 800.000 habitantes) fueron encuadrados por sionistas, y empezaron a hablar hebreo entre sí. En 1913, la Organización sionista abrió en Palestina escuelas, donde la enseñanza se impartía en hebreo.

Pese a la política de neutralidad, prudentemente adoptada por la Organización sionista, la Primera Guerra Mundial amenazó con dar al traste con los esfuerzos realizados en Palestina, tanto en orden al logro del Hogar Judío cuanto en el de la colonización agrícola, que se desarrollaba satisfactoriamente. En efecto, los judíos de Palestina suscitaron la desconfianza de los turcos, temerosos de que aprovecharan la situación para fundar un Estado judío. Pero a pesar de las deportaciones sucesivas¹⁸—que motivaron la intervención de los Estados Unidos antes de su entrada en guerra—, los sionistas seguían persiguiendo activamente su objetivo, combatiendo en orden disperso y aparentemente contradictorio, unos en Berlín, otros en Londres, mientras no se vislumbró el desenlace del conflicto armado. Incluso se propuso la creación de

¹⁶ Véase *Nisi Dominus*, de NEVILL BARBOUR, cit.

¹⁷ A esta etapa corresponde la fundación de Tel-Aviv (1909).

¹⁸ Véase ANTONIO QUINTANO RIPOLLÉS: *De Palestina a Israel*, en esta REVISTA, cuaderno núm. 3. Madrid, julio-septiembre de 1950.

una unidad judía que luchara junto a Turquía y Alemania, pero con la contrapartida de que Turquía se aviniera a acceder a los deseos del Sionismo después de la guerra. Más despejada la incógnita del futuro, en 1917, una unidad auxiliar judía, al mando del polaco Vladimir Jabotinski, prestó servicios junto a las tropas aliadas en los Dardanelos, combatiendo así a los turcos.

La Declaración Balfour, factor decisivo en el proceso de creación del Estado de Israel, es a su vez la resultante de un lento proceso de seducción y convencimiento de los gobernantes ingleses protagonizado por el judío inglés, nacido en Rusia, doctor Chairman Weizmann (1874-1952). Este había conocido a lord Balfour mucho antes de la guerra, y no tardó en hacerle compartir el criterio de que sólo Palestina era lugar adecuado para instalar a los judíos. Durante la contienda, el doctor Weizmann, que era químico, preparó un explosivo de gran interés para las acciones bélicas de Gran Bretaña. Este invento, que en un inglés a secas hubiera originado la concesión de una condecoración o de un título nobiliario, hubo de tener mayor recompensa dadas las circunstancias que concurrían en el doctor Weizmann, miembro del Congreso sionista. Por otra parte, se multiplicaron las más diversas presiones para sentar el principio axiomático de que la presencia judía en Palestina era ventajosa para Gran Bretaña en lo político, lo económico y lo estratégico, puesto que aseguraba la presencia de un amigo fiel en Oriente Medio. La amistad entre el doctor Weizmann y el nuevo premier Lloyd George, tan inclinado a apoyar grandes y vagos proyectos humanitarios, así como la presencia en su Gabinete de sir Herbert Samuel, que era judío, fueron otras de las circunstancias, merced a las cuales prosperó la petición sionista en favor de una toma de posición del Gobierno británico. En 1916, la misma petición se había hecho al Gobierno Asquith. No había recibido contestación, aunque hubo negociaciones entre el Sionismo y ese Gobierno. Se celebraron con el asesoramiento de mister Sykes, encargado, por otra parte, de establecer con Francia el acuerdo de reparto del Oriente Medio de 1916, conocido por el acuerdo Sykes-Picot.

La declaración del titular del Foreign Office, que con tanta fuerza había de proyectarse en el futuro internacional, adoptó la forma modesta y un tanto insólita de una carta dirigida el 2 de noviembre de 1917 a lord Rothschild ¹⁹

¹⁹ El texto de esa famosa Declaración Balfour es el siguiente:

“Querido Lord Rothschild:

De acuerdo con el Gobierno de Su Majestad, me complace en comunicarle la siguiente

y no a la Organización sionista. Por otra parte, el presidente Wilson ponderó el proyecto. El Gobierno francés dio su adhesión (febrero de 1918), así como el Gobierno italiano (mayo de 1918). Tan buenos valedores permitían colocar los peones en el tablero del Oriente Medio para que el Sionismo iniciara la lenta, pero inexorable, partida contra los palestineses, y por extensión, contra todos los árabes ignorantes del apoyo prestado a los propósitos sionistas, a los que no aludió el general Allenby en su proclama de diciembre de 1917, al ocupar Jerusalén. Hasta el 1 de mayo de 1920, consumada la instalación británica en Palestina, no se comunicó oficialmente la Declaración Balfour. Sin embargo, decisivos auxiliares de Gran Bretaña en su lucha contra Turquía, también las aspiraciones de los árabes habían sido comprendidas y apoyadas con vistas a restablecer la independencia de la nación árabe. Después de dilatadas negociaciones, en las que Lawrence desempeñó un importante papel, se llegó a un acuerdo anglo-árabe sobre la base de respetar los intereses franceses en general y ciertos intereses ingleses en el Oriente Medio, y tomando en cuenta que «los dos distritos de Mersina y Alejandreta y la parte de Siria, situada al oeste de Damasco, Homs, Hama y Alepo, que no puede decirse sean puramente árabes, deben ser excluidas de los límites solicitados», según comunicó el alto comisario británico en Egipto, sir Henry MacMahon, al príncipe Feisal en octubre de 1915. En junio de 1916 se iniciaba en el Hiyaz la rebelión árabe contra Turquía.

Al final de la guerra, Gran Bretaña declaró que su objetivo en el Oriente Medio era «la libertad completa y definitiva de los pueblos durante tanto tiempo oprimidos por los turcos y la creación de gobiernos y administraciones nacionales, cuya autoridad se derivaría de la iniciativa y de la libre elección de los aborígenes». Bien sabido es que los hechos se distanciaron notable-

declaración de simpatía por las aspiraciones de los judíos sionistas, las cuales han sido consideradas y aprobadas por el Gabinete:

“El Gobierno de Su Majestad considera con agrado el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío, y dedicará sus máximos esfuerzos al logro de este objetivo, quedando claramente entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina o los derechos y el estatuto político de que gozan los judíos en cualquier otro país.”

Le agradecería que hiciera llegar esta declaración a conocimiento de la Federación Sionista.

Suyo affmo.

Arthur James Balfour.”

mente de las palabras. Gran Bretaña y Francia sustituyeron a los turcos en el Oriente Medio, de conformidad con los acuerdos de 1916 y las decisiones del Consejo Supremo Aliado en la Conferencia de San Remo (25 de abril de 1920), ello amparándose en una fórmula jurídica de nuevo cuño, aprobada por la recién estrenada Sociedad de Naciones: el Mandato. A Gran Bretaña le fue confiado—mejor dicho, confirmado—el Mandato de Palestina, y los gritos de los árabes ante el engaño de que habían sido víctimas, no fueron atendidos.

Así como los franceses renunciaron rápidamente a reinstalar a los desventurados armenios en su Cilicia, los británicos renunciaron a que los no menos desventurados asirios volvieran a sus montañas natales. En cambio, no desmayaron en sus esfuerzos para que el Sionismo pudiera echar los cimientos de su Hogar Nacional en Palestina. Gracias a tan buenas disposiciones, a principios de 1920, los sionistas ya habían introducido en Palestina el hebreo como idioma propio oficial, conseguido una justicia particular y privilegios especiales para los miembros de la Organización sionista, ello por decisiones que emanaban directamente de Londres. Ante tal estado de cosas, el administrador militar de Palestina, poco al tanto de lo que sucedía entre bastidores, comunicaba en un informe, remitido a su Gobierno a finales de 1920: «La situación es insostenible... Oficialmente (los sionistas) no reivindican nada más que un “Hogar Nacional”, pero, en realidad, sólo se verán satisfechos nada menos que con un “Estado judío”..., pido, en consecuencia la retirada de la Comisión sionista.» La Comisión sionista no fue retirada. En cambio cesó en el cargo el administrador militar del Mandato. La administración militar fue sustituida por una administración civil, que tuvo al frente a sir Herbert Samuel. A su condición de judío unía la de ser un entusiasta partidario del Sionismo. A partir de entonces, la Administración británica empieza a adoptar decisiones de común acuerdo con la Comisión sionista, con negligente olvido de la mayoría árabe, que había empezado a mostrar su disconformidad con la fórmula de Mandato ²⁰, llevada a la práctica por los aliados antes de que se firmara con los turcos el tratado de paz de Sevres (1920), lo cual ponía en entredicho jurídico la inicial acción franco-británica en el Oriente Medio. Ante las reclamaciones de los palestineses, con mala fe rayana con lo grotesco, Gran Bretaña adujo que Palestina había quedado excluida de la promesa de libertad nacional por constituir «la parte de Siria situada al oeste de Damasco, Homs, etc.». El descontento de la población árabe se puso de manifiesto en

²⁰ En 1919 y 1920 se produjeron revueltas árabes en Jerusalén.

nuevos disturbios, sucedidos en 1921, y en la creación del Congreso árabe palestín. Ello aconsejó a Gran Bretaña la publicación en 1922 de un Libro Blanco. En el orden práctico, ese Libro Blanco sobre Palestina creaba un Consejo Legislativo, integrado por veintidós miembros, elegidos proporcionalmente por las diversas comunidades, con lo cual se sentaban las bases de un Estado multinacional—o multicomunal—, en el que la mayoría árabe quedaba equiparada a las pequeñas comunidades católica o armenia. Los sionistas se negaron a participar en ese Consejo Legislativo; en cambio, establecieron la Agencia Judía, directamente vinculada a la Organización sionista mundial, que empezó a actuar como un Gobierno judío en Palestina, con su «asamblea» y su «consejo». Pero la actividad principal de esa Agencia fue el fomento de la inmigración y el asentamiento de los inmigrantes en explotaciones agrícolas, hechos todos que no tenían por qué enervar la opinión árabe, pues el Libro Blanco decía que lo mismo que Palestina no podía considerarse con derecho a la independencia (recordemos que la brújula británica ¹ situaba al oeste de Damasco), no podía llamarse Estado a un mero «Hogar Nacional», si bien no aclaraba el contenido jurídico de este término, desconocido en el Derecho Internacional.

El Consejo Legislativo se agarrotó antes de empezar a funcionar por la abstención de los árabes. En cambio, la Agencia judía desplegó una intensa actividad, cooperando diligentemente con la autoridad británica. Así logró crear un clima tan favorable, que lord Balfour, en persona, vino a inaugurar la Universidad hebraica de Monte Scopus, en Jerusalén, lógico complemento de las escuelas hebraicas, que habían florecido por doquier a compás del desarrollo económico y político de Tel-Aviv, ampliamente respaldado por la ayuda del judaísmo exterior.

Simultáneamente, la Agencia judía multiplicaba las adquisiciones de tierras, con vistas a asentar al creciente número de inmigrantes que afluían a Palestina. La venta a judíos de tierras ha sido muy aireada por la propaganda sionista, para demostrar que los árabes de Palestina no se oponían a su instalación en su suelo, que sólo ventajas podía reportarles. ¡Todo el mal vino de los otros árabes! Admitir tal es ignorar—o lo que es peor, soslayar maliciosamente—que la propiedad rural en ese país, de claras estructuras feudales, estaba en manos de terratenientes que residían en las ciudades, y en numerosos casos no eran ni siquiera palestineses. Explotadas en régimen de arrendamiento de parcelas a numerosas familias de pequeños agricultores, los altos precios ofrecidos por tales fincas fueron factor de peso en el ánimo de los

propietarios para venderlas, sin reparar en que así creaban en lo inmediato un proletariado campesino²¹. En cuanto a los pocos pequeños agricultores que vendieron sus tierras—es evidente que la propiedad de reducida superficie no presentaba interés—, lo hicieron bajo la presión de esas condiciones económicas adversas, que incluso en países desarrollados gravitan sobre la agricultura. Sin embargo, el peligro que entrañaban esas operaciones efectuadas por toda Palestina no dejaron de suscitar los recelos árabes. En 1932, el Congreso musulmán fundó la «Sociedad árabe para la salvaguarda de las tierras palestineses»²². Era una prueba más de lo tenso de la situación, aunque el nuevo Libro Blanco de 1930 apuntara al mantenimiento de un supuesto equilibrio entre las comunidades y a la coexistencia pacífica.

A esa tensión no había dejado de contribuir la sustitución del doctor Weizmann al frente de la Organización sionista (1929) por Nahim Sokolov, menos inclinado que el anterior a contemporizar y dilatar el logro del objetivo perseguido. Esta postura se puso singularmente de manifiesto al plantearse años más tarde el problema de la emigración que Gran Bretaña decidió atemperar a «la capacidad económica de absorción del país», a la vista de la explosiva llegada de inmigrantes de 1935 (60.000 judíos que se agregaban de golpe a los 191.062 inmigrantes oficialmente registrados desde 1920). Aquella medida de limitación, impuesta por los imperativos geográficos y económicos de Palestina, irritó sobremanera a los judíos de allí y de fuera. Vieron en la medida una maniobra destinada a paralizar la edificación de un Hogar Nacional, que tan buen ritmo de construcción llevaba²³. La irritación subió de muchos puntos al pedir los árabes un Gobierno democrático, la prohibición de que se vendieran tierras a los judíos, la limitación efectiva de la inmigración oficial y medidas destinadas a impedir la constante inmigración clandestina. Las peticiones árabes fueron favorablemente acogidas

²¹ Las 9/10 partes de las tierras compradas por los judíos no se explotaban directamente, sino que estaban arrendadas. Véase *Nisi Dominus*, de NEVILL BARBOUR, cit.

²² La conveniencia de limitar la venta de tierras a judíos y lo improcedente de establecer nuevas colonias agrícolas judías frente a la masa de árabes desprovistos de la más mínima propiedad rural, no impidió que el Gobierno británico tardara seis años en adoptar medidas a este respecto.

²³ Este criterio provocó una escisión en la Organización sionista. En el Congreso Mundial del Sionismo, celebrado en Jerusalén en 1935, se creó la rama revisionista, capitaneada por Jabotinski, fundador de la Nueva Organización Sionista, cuya rama militar-terrorista se denominó la *Irgum Zwei Leumi*.

por la potencia mandataria, pero el proyecto de ley para aplicarlas fue rechazado en los Comunes. Dando un rodeo en busca de un vado, el Gobierno británico propuso que una delegación árabe se trasladara a Londres para estudiar estas cuestiones. Los árabes aceptaron, pero los sangrientos sucesos, los trágicos desórdenes entre árabes y judíos, iniciados el 15 de abril de 1936, modificaron la situación y provocaron un endurecimiento de las comunidades enfrentadas. Quedó descartada la posibilidad de una solución política y definitiva del conflicto larvado.

Poco después se constituyó un Alto Comité Nacional Árabe, presidido por el Mufti de Jerusalén, Amin el Hussein, y Comités locales. El Comité Nacional volvió a presentar la petición de establecer un Gobierno responsable, de restitución de las tierras compradas a los árabes—y ya no de prohibición de nuevas ventas—y de suspensión total de la inmigración judía—en lugar de su limitación—. El Gobierno británico trató de acceder a los deseos de los árabes sin descontentar a la Agencia judía. A finales de 1936 nombraba una Real Comisión, para informar sobre Palestina, si bien ya había decidido no poner cortapisas a la inmigración, reforzada con judíos procedentes de Alemania. La réplica árabe fue no colaborar con la Real Comisión. Tal reacción—humanamente lógica, políticamente torpe—perjudicó a los árabes en la medida en que la Agencia judía tuvo amplia oportunidad de hacer oír su voz y de aducir argumentos que nadie pudo rebatir.

La Real Comisión, presidida por lord Peel, propuso la creación de un Estado judío al Norte, y al Oeste, de un Estado árabe, incorporado a Transjordania, en tanto que Jerusalén permanecía bajo el Mandato británico. El Gobierno británico aceptó esta propuesta, pero el Parlamento la rechazó. Otro tanto hicieron los judíos en el XX Congreso sionista de Zurich, presidido por Ben Gurión (1937), y los árabes en el Congreso de Bludan²⁴. Siria, a través de la potencia mandataria, Francia, protestó por tal solución. De otra parte, en la Sociedad de Naciones, Francia ridiculizó esa fórmula, a la que Irlanda se opuso. El resultado práctico de la propuesta fue provocar la oposición violenta del pueblo palestín, y por parte de la potencia mandataria, la disolución del Comité Nacional y la deportación de Amin el Hussein. La agitación culminó con el asesinato del comisario de Galilea, mister Andrews, inclinado a favorecer a los judíos, y con el incendio de un aeródromo (1937). Las violencias se reanudaron al año siguiente, organizándose verdaderas bata-

²⁴ "Palestina es parte inseparable de la nación árabe", declaró en ese Congreso.

llas campales entre árabes y judíos, en tanto que los británicos habían de vérselas con ambos contendientes.

Entonces la solidaridad de los demás países árabes con Palestina adquirió mayor actividad. Unido esto al giro de los acontecimientos y a la preocupante situación internacional, el Gobierno británico decidió prestar mayor atención a las demandas palestinas. Llegó incluso a considerar la posibilidad de convertir a Palestina en Estado árabe independiente, ligado a Gran Bretaña por un tratado de amistad, como el suscrito con el Iraq. La alarma cundió entre los sionistas. Sin pérdida de tiempo, recabaron el apoyo de los judíos y los no judíos de los Estados Unidos, y hasta del mismo Gobierno de ese país, para evitar una decisión inaceptable para el Sionismo. Esta es una de las pruebas del hecho, por lo demás indiscutible, de que sin el apuntalamiento exterior de los grandes grupos político-financieros, ni el Hogar Nacional ni el Estado israelí hubieran sido posibles, y menos aún viables.

Habiendo llegado las cosas a un punto muerto, Gran Bretaña convocó una Conferencia de la Mesa Redonda (7 de febrero-17 de marzo de 1939). Tal Conferencia se desarrolló en la forma poco usual de que los representantes británicos celebraban las conversaciones por separado, ora con la delegación árabe, ora con la delegación judía. Con este motivo se creó en el seno de la Conferencia un Comité anglo-árabe, encargado de desempolvar el viejo expediente MacMahon, base de las reclamaciones de los palestineses. A la vista de los olvidados documentos, el representante del Gobierno británico, que presidía ese Comité, admitió que los argumentos árabes no carecían de fundamento... Era lógico. Lo que no tenía fundamento era incluir a Palestina en los territorios al oeste de Siria. Galileo fue a parar a la cárcel pese a que la tierra gire en torno a su eje, y el problema árabe-judío siguió planteado pese a la evidencia geográfica.

A raíz de esa Conferencia, Gran Bretaña publicó, en 1939, otro Libro Blanco. Sus decisiones habían de regir a Palestina hasta el final del Mandato, cuya fecha no se señalaba. Una de tales decisiones era limitar a 50.000 el número de judíos a admitir como inmigrantes durante los cinco años siguientes, aparte de los 25.000 refugiados que podrían hallar asilo en Palestina, salvo que los árabes acordaran ampliar el cupo limitativo. Asimismo se adoptaron medidas para impedir nuevas ventas de tierras a los judíos. Se evidenciaba el firme propósito de aplacar los alterados ánimos árabes en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Ante las perspectivas de independencia de su país, en el que sólo la tercera parte de la población era judía en aquel tiempo,

los palestineses se dieron por satisfechos. En cambio la reacción del Sionismo fue violenta, empezando entonces a preguntarse si no estarían en lo cierto los revisionistas de Jabotinski al propugnar, desafiantes, la creación a la fuerza de un Estado sionista en toda Palestina y Transjordania. Tal postura se expresó con manifestaciones de desafío y airada protesta contra el Libro Blanco, que fueron singularmente violentas en Tel-Aviv. Pero el estallido de la Segunda Guerra Mundial acalló los clamores de los judíos. En su terror y su horror del Nazismo, se unieron a los árabes, para declarar su lealtad inquebrantable a Gran Bretaña y a sus aliados. ¿Qué otra opción tenían los judíos?

En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, los judíos del mundo entero dieron pruebas patentes de esa lealtad declarada a la causa de los aliados. Plasmó en Palestina en una activa colaboración industrial y técnica, decretada por la Agencia judía, y más adelante, en la creación de una Brigada judía y de otras unidades locales, en total 27.000 hombres, a quienes fue encomendada la superflua defensa del territorio contra un ataque de las fuerzas del Eje. En 1944, Gran Bretaña las autorizó a combatir en Italia; es decir, cuando la suerte de las armas estaba prácticamente echada. Los escarmentados árabes no mostraron en ocasión de esta guerra idéntico fervor cooperativo. La ayuda militar palestinesa fue harto reducida. En realidad, la victoria de las democracias no era un factor decisivo para un futuro mejor del mundo árabe en general. Por supuesto, no más lo hubiera sido la victoria del Eje. Además, el Oriente Medio no fue siquiera teatro de operaciones secundarias.

El Mandato se mantuvo firme durante la contienda y las decisiones del Libro Blanco de 1939 se fueron aplicando. No obstante, en lo que a la inmigración respecta, la persecución de que eran objeto los judíos en los territorios ocupados por Alemania llevó a Gran Bretaña a prometer, por motivos humanitarios se dijo, a no atenerse a la fecha tope de 1944 para prohibir la arribada de nuevos contingentes judíos a Palestina. Ello, junto con la más que previsible derrota de Alemania después de sus fracasos en Rusia, prestó nuevas energías al Sionismo, un tanto alicaído en Palestina mientras el resultado final de la contienda fue una incógnita. La llegada al poder en 1945 del Partido Laborista, bien nutrido de judíos, que en 1939 se había opuesto al Libro Blanco, acentuó el renacer de la actividad sionista, que contaba, además, con el claro apoyo de los Estados Unidos, cuya Cámara de representantes, casi por unanimidad, se preocupó de votar, el 19 de diciembre de 1945, una resolución petitoria de «independencia de la nación judía», mientras mantenía en sus reservas a los

escasos supervivientes del pueblo que poblaba en tiempos la América del Norte. Cierto es que, en 1948, la defensa de sus intereses llevó a los Estados Unidos en el Consejo de Seguridad a adoptar una actitud más benévola con el punto de vista árabe, radicalmente incompatible con el punto de vista sionista.

La estremecida simpatía por los judíos, contrapuesta a las medidas exterminatorias adoptadas contra ellos por el Nazismo, brotó en los pueblos al finalizar la guerra. Era una loable expresión de humana compasión por sus sufrimientos. Los Gobiernos democráticos siguieron con entusiasmo esa corriente, tanto más cuanto que, en conciencia, sabían hasta qué extremo su falta de valentía y de generosidad había contribuido a no impedir o no detener «la solución final»²⁵. Sin embargo, aun manifestando vivo interés por el problema, Gran Bretaña no apoyó decididamente las aspiraciones de los sionistas. Estos, a su vez, ya habían empezado a distanciarse de su más antiguo y pertinaz protector. Los extremistas judíos habían expresado a tiros este secreto y mutuo recelo, y a finales de 1944, habían asesinado a lord Moyne, ministro de Estado en Oriente Medio, acusado de oponerse al propósito de ampliar los cupos de inmigración, condición indispensable del establecimiento de un Estado judío.

Impuesta del verdadero objetivo que el Sionismo había perseguido incansablemente al socaire de su interesado apoyo, habida cuenta de sus intereses en los países árabes que sostenían a los palestineses, Gran Bretaña trató de descargarse en parte de sus grandes responsabilidades en el problema de Palestina. De ahí el nombramiento de una Comisión anglo-norteamericana, que fue el primer paso en el camino de la internacionalización de ese problema. Previo estudio de la cuestión, aquella Comisión acordó que se ampliara hasta 100.000 el número de inmigrantes, y que el final del Mandato se aplazara hasta que la O. N. U. decidiera sobre la conveniencia de implantar un régimen de tutela. Era enviar a Palestina de Herodes a Pilatos.

Con anterioridad a las actividades de la Comisión mixta, el secretario de la Liga Árabe, fundada en marzo de 1945, había dado a conocer el punto

²⁵ Tal se dice sin rodeos en la reciente obra de PINCHAS E. LAPIDE, judío canadiense nacionalizado en Israel y doctor en la Universidad de Jerusalén. En *Los testigos hablan* aporta pruebas irrefutables sobre el particular. Suiza, Gran Bretaña, Cuba, los Estados Unidos en particular están implicados en esta inacción por temor a crearse complicaciones, singularmente la de verse obligados a recibir un alud de refugiados judíos expulsados de los territorios dominados por Alemania, precisamente los que más adelante se esforzarían en instalar en la pequeña Palestina.

de vista árabe. Este era que Palestina, parte integrante de la nación árabe, estaba dispuesta a aceptar en su suelo la presencia de la comunidad judía, a la que reconocía todos los derechos de ciudadanía en el marco del Estado independiente de Palestina. Pero estableció una distinción entre judíos residentes y judíos del resto del mundo, que si habían sufrido crueles persecuciones, no era por culpa de los árabes, cuya responsabilidad estaba a salvo en tales hechos. La lógica, y su hermana la justicia, poco tienen que ver en las decisiones de la «alta política», singularmente cuando esa supuesta «alta política» aduce razones sentimentales para colar de rondón otras razones que no declara. La situación geográfica de Palestina, en la encrucijada de tres continentes, susceptible de ser cabeza de puente del mundo árabe y su petróleo, dotada de un puerto, Haifa, que puede ser una magnífica base militar, la convertía en zona de interés primordial para las potencias democráticas en víspera de la etapa de tensión con la U. R. S. S., previsible incluso antes de que finalizara la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el punto de vista árabe no fue del todo desoído, pues el informe de la Comisión anglo-norteamericana, publicado en marzo de 1946, admitía que Palestina no era el único territorio donde los judíos, desplazados de Europa, podían encontrar asilo, aun cuando solicitaba la autorización inmediata de admisión de 100.000 refugiados. El método de «paletada de cal y otra de arena» motivó la rápida reacción de la Liga Árabe, que pidió la anulación de las propuestas hechas por la Comisión mixta. No tuvieron mejor suerte otras propuestas formuladas por Gran Bretaña en la Conferencia de Londres de septiembre de 1946, que tropezaron esta vez con la firme decisión sionista de no aceptarlas.

Entre tanto, el vivo interés de la opinión mundial por los judíos había empezado a decaer, sustituido por problemas de más directo interés, y las aspiraciones sionistas parecían languidecer en las Cancillerías. Entonces los extremistas del Sionismo, encuadrados en la organización del *Irgum*, unida a la temible banda Stern²⁶, entraron en acción con ánimos de espabilar a quienes pretendieran dormitar desoyendo los clamores de los hijos de Israel. Iniciaron una campaña de terrorismo sistemático, dirigida, en primer término, contra la potencia mandataria, culpable de no rematar la obra iniciada en 1917, de ayuda al establecimiento de un Estado judío. La campaña alcanzó su punto álgido en junio de 1947, con el asesinato, después de un simulacro de

²⁶ El nombre oficial de la llamada «banda Stern» era *Lohaine Herut Israel*. La dirigía el sargento polaco Menahem Beigin.

juicio, de dos militares ingleses. La situación era insostenible. De otra parte, las simpatías de la opinión británica por el Sionismo habían sufrido tal merma que el Gobierno británico estimó llegado el momento favorable para echar por encima de la borda el pesado fardo de su Mandato, al que ya había declarado renunciar en febrero de 1947, pidiendo al mismo tiempo la reunión de la Asamblea general de las Naciones Unidas, para solicitar la solución del problema que, de hecho, ni los árabes ni los judíos habían creado, sino Gran Bretaña con la Declaración Balfour, absolutamente arbitraria, y con su no menos arbitraria aplicación en el marco del Mandato. Pocas veces la siembra de vientos había producido mayor cosecha de tempestades.

La máquina onusiana se puso rápidamente en marcha, lo cual no pretende decir que avanzó sin titubeos por el recto camino de la justicia que desemboca en la paz. A finales del mes de abril de ese mismo año quedó nombrada una Comisión de técnicos, llamada Comisión Especial de Encuesta para Palestina (U. N. S. C. O. P.). Dotada de amplios poderes, empezó a actuar en Jerusalén a principios de junio, pese a la oposición de los árabes, acertadamente temerosos de la influencia sionista en el organismo internacional. Otra circunstancia de extrema importancia justificaba todavía más al temor: la postura coincidente de los Estados Unidos y de la U. R. S. S. frente al problema palestín. En efecto, por motivos diferentes y con fórmulas distintas, los dos campeones del anticolonialismo apoyaron, en definitiva, la colonización de parte de Palestina por los judíos.

Los impresionantes zig-zags de la política exterior de la U. R. S. S. no llaman ya a engaño. En realidad, no la distraen de su meta, aunque para alcanzarla haya de dar un rodeo y alargar el camino. Y esa su meta es la prepotencia soviética, aspiración heredada del zarismo. Tiene como lógico corolario debilitar al mundo no soviético. Por ser Gran Bretaña parte substancial e integrante del mundo no soviético y estar directamente implicada en el problema palestín, era preciso utilizar tal problema para desarticular el mecanismo de su influencia en el Oriente Medio, área un tanto invertebrada, donde cabían provechosas modificaciones de la relación de fuerzas en presencia. El primer objetivo perseguido fue que Gran Bretaña cesara en breve en el Mandato al que había renunciado y, de rechazo, perdiera influencia en el mundo árabe, dada la situación creada al cesar en su Mandato. Tal podía conseguirse mediante la creación en Palestina de dos Estados, como propuso la Comisión Especial de Encuesta y lo aprobó la Asamblea General. El apoyo de la U. R. S. S. a la creación de un Estado sionista apareció sorprendente. Y lo era. Pero

lograda la finalidad de descartar a Gran Bretaña e irritar a los árabes, la política exterior a largo plazo de la U. R. S. S. se desinteresó de Israel, y hasta rompió sus relaciones diplomáticas con el nuevo Estado poco después de haberlo reconocido de *facto* y de *jure* el mismo día en que se autoproclamó²⁷.

En realidad, ni la Comisión Especial de Encuesta ni la Asamblea General habían aclarado la situación. Mientras se sucedían las conversaciones y los cabildeos, la tensión reinante en Palestina era tal que todo hacía presagiar que se desembocaría en un choque armado. La Agencia judía se aprestó a tapar la brecha militar de su organización pre-gubernamental. Sobre la base de la *Haganah*, logró armar a 50.000 futuros combatientes. En cambio los árabes, desamparados en lo diplomático, parecían estar en óptimas condiciones en lo militar y en lo estratégico, con un cerco ya establecido en torno al futuro Estado. Tales apariencias fueron una desgracia para la suerte de sus armas, pues les llevó a no conceder a la guerra toda la atención práctica que requería. Por lo demás, hasta el cese del Mandato, la batalla no había de entablarse en los campos palestineses, sino en el foro internacional. Hacia él volvía su atención la Liga Árabe.

Previo estudio de las propuestas de la Comisión Especial de Encuesta, el Consejo de Seguridad aceptó, el 12 de octubre de 1947, las modificaciones sugeridas por la delegación norteamericana, a saber: la partición de Palestina en tres zonas—árabe, judía e internacional—, quedando comprendida en la zona internacional Jerusalén y los Santos Lugares. El Consejo de Seguridad sometió esa propuesta modificada a la Asamblea General, que el 29 de noviembre de 1947 aprobó la partición de Palestina, pese a la decidida oposición de la potencia mandataria—voz sin voto en la cuestión—y de la protesta general de los países árabes. Francia se abstuvo, y votaron en contra singularmente Etiopía y Cuba. El Mandato, que en su artículo 2.º se comprometía sólo a «... asegurar el establecimiento de un Hogar Nacional judío», desembocaba en ese resultado absurdo, impensable unas décadas antes por implicar la destrucción de Palestina en cuanto unidad nacional y la reinstauración de un Estado judío, que había cesado de existir como nación independiente desde el año 37 antes de Cristo. Rara vez la política británica, en los territorios donde ejercía su autoridad, salió tan mal parada como después de su largo compadrazgo con el Sionismo. Mas sólo cabía acatar la deci-

²⁷ Véase EDUARDO MROZ: *La actitud de la Rusia soviética en la cuestión de Palestina*, en esta REVISTA, núm. 44. Madrid, julio-agosto de 1959.

sión onusiana, buscada para rehuir responsabilidades. No obstante, a Gran Bretaña quedó encomendado el mantenimiento del orden hasta el cese de su Mandato, fijado para el 14 de mayo de 1948, a la hora cero.

Ni los disturbios promovidos por los árabes, ni sus protestas, ni su propuesta de aceptar la tutela de la O. N. U. hasta dar con una nueva solución, pudieron detener o alterar la marcha inexorable de acontecimientos aprobados en el foro internacional. Con el apoyo de la organización internacional, el Sionismo podía convertir aquel humilde deseo de tener un Hogar Nacional en el Estado, cuya realidad había perseguido sin tregua y que, en ocasiones, había parecido un sueño. Sin embargo, lo conseguido en la O. N. U. no era todo lo apetecido y perseguido. Así lo evidenciaba el que Jerusalén y los puertos de Haifa, Acra y Jafa quedaran excluidos de los límites previstos para el nuevo Estado, lo cual provocó las feroces protestas de los extremistas judíos. Pero el Sionismo tenía una base operativa concreta, en la que se dispuso a actuar. A raíz del voto favorable de la Asamblea General, se constituyó en Tel-Aviv un Comité presidido por Ben Gurión. Era un Gobierno en compás de espera. Mientras, la *Haganah* y los terroristas llegaban a una avenencia para formar un ejército.

La partida parecía haber terminado cuando, al mismo tiempo que proseguían su vela en torno a la moribunda Palestina, los árabes, de una parte, sacaron la carta del petróleo, de capital importancia, y de otra, recurrieron ante el Consejo de Seguridad en contra de los acuerdos adoptados en la Asamblea General el 29 de noviembre. La maniobra combinada produjo sus frutos, porque la carta del petróleo era de naturaleza a aplacar los entusiasmos sionistas de los Estados Unidos. Así se evidenció cuando en marzo de 1948 el delegado de los Estados Unidos logró que el Consejo de Seguridad desautorizara la decisión de reparto de Palestina, aprobada por la Asamblea General, por estimar que sólo tenía categoría de «recomendación», y no impedía la adopción de otra fórmula, cual, por ejemplo, una tutela de la O. N. U. en Palestina.

Este sensacional viraje de Washington en defensa de sus intereses ocasionó tempestades en la internacional sionista, y la Agencia judía declaró sin ambages que no acataría ninguna nueva decisión del Consejo de Seguridad ²⁸.

²⁸ Podría ser tema de estudio la pertinaz negativa de Israel a acatar, o siquiera atender las resoluciones o recomendaciones de la O. N. U., de hecho desarmada ante tales desafíos.

DEL HOGAR NACIONAL JUDÍO AL ESTADO DE ISRAEL

Fuera «decisión», fuera «recomendación», se atenió a lo dispuesto por la Asamblea General: el reparto de Palestina. Entonces el choque armado se les impuso a los árabes como la única salida, pero las armas habían de quedarse quietas hasta el cese del Mandato. No obstante, partidas árabes impacientes se lanzaron a hostigar a los judíos durante el mes de abril. La réplica no se hizo esperar. Con acertada elección del objetivo, los judíos tomaron el puerto de Haifa, y no habían de devolverlo, no más que la parte de Jerusalén que ocuparon durante la guerra de 1948, en la que les fue singularmente favorable el alto el fuego del 18 de julio ²⁹.

El 14 de mayo, a la hora cero, el alto comisario británico, sir Allan Cunningham, embarcó en un crucero surto en el puerto de Haifa. Aunque no todas las fuerzas británicas en Palestina habían sido evacuadas, la neutralidad, que tenían orden de observar, dejaba el campo libre para la lucha armada entre árabes y judíos. Pocas han sido las guerras en que el mundo entero ha sabido de antemano, y con toda precisión, el momento exacto en que iba a empezar. Esta incongruencia se dió en Palestina.

Tan pronto como cesó oficialmente el Mandato, el Comité, preparado al efecto bajo la presidencia de Ben Gurion, se convirtió en Gobierno, tal como lo había anunciado la víspera la radio israelí. Hace, pues, veinte años que el Estado de Israel es un hecho incuestionable surgido de las covachas de la intriga, la política, la diplomacia y los grandes intereses internacionales que distan mucho del claro, puro y sereno cielo del Derecho.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

²⁹ En el fragor de los combates se desvaneció la zona internacionalizada de Palestina, sin embargo, prevista en la decisión de reparto con igual categoría que el Estado de Israel o el nonato Estado árabe.

NOTAS

